

Señora Presidenta de la Comunidad Foral de Navarra, Señor Presidente del Parlamento de Navarra, Sr. Delegado del Gobierno en Navarra, Señora Alcaldesa de Olite, Señora Consejera de Cultura y Deporte del Gobierno de Navarra, autoridades, familiares, amigas y amigos, señoras y señores.

A pesar de ser hoy un día de luces, o quizá porque lo es, debo empezar recordando que hemos estado viviendo el último año en sombras, en un constante ahora sin tiempo que ha emborronado la expectativa y que nos ha obligado a un vacío insoportable. Mi recuerdo a los que no nos acompañan, y mi ánimo para todos, porque nos queda la travesía apasionante de construir e inventar un nuevo tiempo que deseamos más saludable, pero especialmente más solidario y consciente.

Y buscando ese tiempo nuevo, recurrir a los grandes es pedagógico, y consolador. Hoy nos reúne la referencia de Carlos, Príncipe de Viana, que hace justamente 600 años, inició una importante pero agitada trayectoria, que como gran humanista, vivió con el sustento vital de las artes que cultivó precisamente en el magnífico palacio de Olite.

No pretendo parecidos –claro está- fundamentalmente porque mi estirpe es humilde (desciendo de los Cantarenses de Corella y de los Farineros de Mendigorriá), pero sin embargo, nos une un vínculo indeleble: la música, que él practicó cantando acompañado con instrumentos. Quiero pensar que, en su azaroso camino, la

música fue para él más que un fenómeno estético, un soporte capital.

En mi caso, tuve que empeñarme en superar la desventaja de una educación que me marcaba como mujer, pero aprendí pronto que la música es una gnosis, una forma de conocimiento, una particular manera de pensar, una especial mirada al mundo, porque el arte no es un sistema autorreferencial, sino en todo caso, una manera propia y especial de participación activa en la vida –desde la implicación y la vivencia-, como forma de consciencia. Por tanto, la música es, o debería ser, una manifestación dinámica de nuestra cultura. En definitiva, la música, íntimamente relacionada con las matemáticas, la física y la sensibilidad, es un contexto ideal para entender que el saber humano no tiene compartimentos, ni límites, ni debemos obviar su implicación con las ciencias, puesto que la ciencia explica, justifica, y el arte da sentido.

Además, el arte nos enfrenta a nosotros mismos puesto que expande nuestra consciencia ante la interrogación. Los creadores planteamos nuestro trabajo intentando paliar la necesidad de resolver preguntas, ya que la obra parte de dos grandes cuestiones: una sobre el mundo y otra frente al mundo, aunque la enorme frustración del compositor es que, partiendo de grandes incertidumbres, no conseguimos jamás una respuesta. El enigma es por qué aceptamos la situación aun sabiendo que se genera una gran angustia, puesto que el objeto creado no rubrica, no da respuestas... sólo invita a seguir buscando en una rueda infinita que, con cierto

desasosiego, al menos sitúa al creador en un aliento transmisor imprescindible.

El arte es libertad, pero también es un enigma. Quizá por eso me conmuevo ante las pinturas musicales de Sagardía, me asombro y me pierdo ante la visión del espacio que -partiendo de la nada- Oteiza atrapa en sus cajas, o admirando la inmensidad del vacío infinito y el ideal de silencio en un Postludio de Yturralde. También busco fascinada los misterios expresivos y el tiempo suspendido, en la prodigiosa síntesis del siglo XX que muestra enérgica y sustantivadora, una Sinfonía de Acilu, un modelo de equilibrio entre complejidad y comunicabilidad.

Desde esa visión y esa libertad, los creadores adquirimos una presencia autónoma: la revelación de un mundo nuevo, alumbrando nuestra inseguridad y nuestra pasión, por cierto, tantas veces vividas con el pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad, o desde la escisión entre el idealismo platónico y la lógica aristotélica.

Debemos notar también que la música que escucha la sociedad es uno de los aglutinantes que la une a su entorno, y termina revelando al individuo y a los sujetos del cuerpo social el mundo percibido. No obstante, la elección entre el par función/reflexión, o dicho de otra forma, la escucha como entretenimiento o la aprehensión como posición intelectual, dibujan las opciones del público que ahora más que nunca, se decanta claramente por uno de los modelos.

Quizá por eso me decía Oteiza: *Teresa, no entenderán tu tiempo y mi espacio.*

En este momento, en el sobrecargado mundo de la información, los compositores tenemos un compromiso complejo y difícil: encontrar un camino de conciliación entre una sociedad desinteresada y nuestra realidad expresiva, conscientes del mundo que nos rodea. Pero esta tarea es cada vez más complicada: hay que reforzar el humanismo en una sociedad empeñada en adelgazar la carga de la complejidad. Y en esa demanda, o interviene la educación, o habremos perdido el futuro.

Pero volviendo al principio... a Carlos, Príncipe de Viana, la música le acompañó por el mundo y a mí, la música me ha traído desde el mundo hasta su casa hoy, pero no quiero olvidar que salí a ejercer mi trabajo formada íntegramente en las aulas del Conservatorio Pablo Sarasate de Pamplona, de la mano de Fernando Remacha (mi primer mentor), Luis Morondo y tantos extraordinarios Maestros que me convencieron de que hay que mantener el norte viviendo nuestra evolución entre crisis, conmociones desmotivadoras y otros desencantos, lejos del objetivo de triunfar y persiguiendo siempre llegar a *ser*. De su ejemplo comprendí que hay que mirar a la música como bien social y no a la cultura como instrumento de poder, y ese es el modelo que he procurado en mi trayectoria, gracias a que me mostraron lo insólito como ordinario, me asomaron al mundo sin ambages, y no olvidaron que la ética es parte sustancial de la creación. Y como de

esas experiencias no se puede salir ileso, supe que el objetivo es pensar y reforzarse con una posición intelectualmente solvente y comprometida.

Navarra se debe sentir orgullosa, porque ha estado siempre presente en las distintas generaciones de músicos a lo largo de la historia, y personalmente, he tenido la fortuna de ser discípula directa de los dos compositores navarros que han marcado hitos en el siglo XX: Fernando Remacha y Agustín González Acilu. A estos Maestros, de mano amiga pero firme, crítica severa y austeridad en el halago, agradezco su dedicación, su confianza y su entusiasmo. Citando a mis Maestros, he iniciado el epílogo que dedico a los agradecimientos. No los presento como fórmula coloquial obligada, sino como sincera expresión de mi sentir más cierto y emocionado. No se me ocurre mejor manera de agradecer el honor de estar aquí, que señalando todo lo que debo a tantas personas. Empiezo por la Asociación Cultural Navarra, que de la mano de su Presidenta, Inmaculada Alegría, ha dedicado mucho tiempo y tesón para presentar mi candidatura, a Tomás Marco que la defendió, al Consejo de Cultura que me señaló merecedora de este importante galardón, y al Gobierno de Navarra que tuvo a bien concederme este honor, que ni siquiera soñé poder alcanzar.

A mis compañeros del Grupo de Compositores de Pamplona, les debo la complicidad y la energía del arranque, y con ellos, aparece la mención a mis amigos y a su apoyo incondicional, pero también

señalo a los que no lo han sido, porque se convirtieron en un estímulo alentador.

Mención especial a mis alumnos, que han significado un impulso permanente, y les ruego que me permitan reconocer el débito que siento con el núcleo más importante en mi vida: mi familia. Con ellos aprendí valores, y menciono emocionadamente a mis padres, humildes pero grandes, que me enseñaron que el trabajo dignifica, que el esfuerzo es santo y seña, y que resistir siempre es una forma de vencer. Con mi abuelo de Mendigorriá aprendí qué era la libertad, y del Corellano, la persistencia; de Carlos Esparza tuve la generosidad sin límites, y a mis hijos, mi centro vital, les debo la mirada adelante sin anclajes estériles; que me hicieran comprender el sentido que tiene la vida, y que, a pesar de mis ausencias, hayan sido siempre cómplices generosos. Por último, con mi nieto Carlos, he conocido un amor inexplicable, los matices de la alegría y, además, la esperanza en el futuro.

Bihotz bihotzez, eskerrik asko denori, eta eskerrik asko sari honengatik.